

# MUJERES Y RELIGIONES: VISIBILIDAD Y CONVIVENCIA EN EL SUR DE EUROPA

Mercedes Navarro Puerto mc  
UPSalamanca  
Teóloga y psicóloga

## INTRODUCCIÓN

El Sur es una metáfora espacial enormemente poderosa apoyada en la experiencia corporal: a la cabeza la denominamos *arriba* y a los pies *abajo*. Geográficamente hablamos de *Norte-Sur*, atribuyéndoles valores: a una villanía la calificamos de *algo bajo*. Ir con *la cabeza alta* expresa dignidad y honor.

Según esta metáfora, Norte es arriba, arriba es más, más es mejor. Sur es abajo, abajo es menos y menos es peor. Progreso y desarrollo son Norte, subdesarrollo es Sur. Geográfica y políticamente, el Sur de Europa es respecto al Norte *abajo, menos, peor*. En nuestro sistema de sexo-género mujeres y femenino son Sur y varones y masculino Norte.

El Sur, una metáfora sospechosa

Me gustaría cambiar el marco de la metáfora del Sur, sospechando de la oposición norte-sur y preguntando en qué medida sirve al sistema de dominación, en donde se encuentran las religiones y a cuyos propósitos sirven. En las religiones mujeres y hombres, femenino y masculino son asociadas a norte-sur.

Extensiones del Sur en Europa

En Europa el Sur se ha extendido, abarcando a las mujeres del Este. En nuestras naciones, ciudades y barrios, existen un norte y un sur social, humano, ético, étnico, religioso... Conviene reflexionar sobre las connotaciones patriarcales e interesadas de esta polaridad jerarquizada. Norte-sur refuerza las jerarquías por medios no conscientes.

El estereotipo de la mujer del sur invisibiliza a las mujeres concretas. La política de ayudas económicas a las mujeres del sur, por ejemplo, no está interesada en su

formación crítica dentro de sus religiones. Son destinadas a proyectos de desarrollo sobre pobreza y violencia, no sobre sus causas, ni sobre el papel de las religiones en su mantenimiento. No apoyan la formación e investigación crítica feminista de género ni quiere atacar la estructura patriarcal. Las mujeres, ayudadas por el supuesto norte, siguen siendo el sur dentro del sur. Pero las mujeres del norte también son el sur de sus políticas, países, sociedad y religiones.

Investigar, formarse y crear una actitud crítica amenazaría el sistema, no importa el lugar geográfico y social en donde se ubique. En cuanto falta dinero, se recortan los presupuestos destinados a la formación religiosa y teológica de las mujeres. Aludir a la prioridad de la vida es un argumento tramposo, pues no se trata de anteponer la vida a la formación, como si ésta no formara parte de aquélla, como si mente y cuerpo no tuvieran el mismo derecho de vida y dignidad. Es preciso unir pan y salud física con formación y salud psíquica. En lugar de la metáfora del sur prefiero otras como *la frontera*, y *la red*, pues debemos romper las barreras geográficas y mentales que sitúan a unas mujeres en el norte, invisibilizando todo lo que tienen de sur, y a otras en el sur, invisibilizando y subordinando cuanto tienen de norte.

## I. VISIBILIDAD RELIGIOSA E IDENTIDAD DE LAS MUJERES

Constatamos que el sistema universal de dominación masculino – femenino deposita en las mujeres la alteridad y la diferencia. En todas las culturas y religiones las mujeres somos acumulación de diferencias expresadas en una sobrecarga de identidad, cuyas expresiones se asemejan:

- en la indumentaria se parecen el puritanismo victoriano, la moral represiva católica, el hábito de las monjas, la chilaba musulmana, y el sari hindú
- en la distribución del espacio, se parecen los templos femeninos grecorromanos, la separación de hombres y mujeres, hasta ayer, en los templos cristianos, sinagogas y mezquitas
- en todas las religiones una elite masculina gobierna, preside los ritos, interpreta oficialmente los textos sagrados e impone las normas.

## 1. Problemas identitarios y de visibilidad

Las mujeres sufrimos sobrecarga de identidad. Por ejemplo: un sujeto mujer, negra, heterosexual, musulmana, puede sentirse obligada a defender valores *femeninos, étnicos, patriarcales y religiosos* explícitamente comportándose como se espera de su género, su tradición racial, su clan familiar y su religión. Pues bien, la sobrecarga de identidad religiosa interacciona con la sobrecarga de identidad cultural e identidad de género. La identidad acaba siendo *la diferencia*. La identidad de género revela los problemas y conflictos planteados en los respectivos marcos culturales y religiosos, sociales y políticos. Las mujeres somos *el género diferente, la cultura diferente, la religión diferente*, como si esa diferencia, tomada acrítica y descontextualizadamente, equivaliera a lo genuino y lleno de valor que se debe preservar, proteger, respetar y reconocer. Por eso en las mujeres, individuales y colectivamente, es donde mejor se aprecian los problemas identitarios de religiones y culturas. La paradoja de la *visible invisibilidad* lo expresa bien. Lo femenino, el género, que supuestamente nos identifica se convierte en el continente que preserva “incontaminado” lo supuestamente más valioso de religiones y culturas. Todo lo que rompa tales equivalencias será percibido por el patriarcado como un atentado a la propia identidad. Se trata de un discurso esencialista, apriorístico, acrítico, atemporal... sobre *la diferencia*.

Las mujeres en cuanto género somos ahora muy visibles. Por ejemplo: se va a organizar una actividad, pongamos una mesa redonda, y la organización dice: *hay que buscar dos mujeres*. Esta visibilidad es en realidad invisibilidad, pues no se dice *para este tema llama a fulanita del tal*. Es a esto a lo que llamo la paradoja de la *visible invisibilidad* que es apreciable observando que religiones y culturas están sostenidas por mujeres. Ellas las hacen visibles. Mientras las mujeres no sean consideradas y tratadas como individuos continuarán formando el cuerpo social comodín de los varones, y ellos quedarán liberados de los compromisos de ciertas identidades, ya que, por su estatuto individual, pueden elegir las e identificarse por su nombre, apellidos y condición de sujetos humanos.

La paradoja indica que cuanto más visibles nos hace la sobrecarga de identidad, más invisibles somos. En las religiones somos el grupo de las idénticas e intercambiables. Cristianas, judías y musulmanas nos quejamos de que así se nos trata social y mediáticamente. Hay intereses estructurales en que seamos colectivamente visibles. El

sistema puede controlarnos mejor. Las mujeres en Europa Central y Nórdica han peleado duramente su condición de individuos, aunque sus conquistas no han logrado cambiar la estructura del sistema. El reflujo hacia una determinada orientación feminista que convencionalmente llamamos de la diferencia puede ser un síntoma del cansancio y desgaste de la lucha de un grupo minoritario. El sistema ha estado esperando este momento para recuperar el equilibrio perdido. Muchas mujeres pueden estar viviendo la situación tensa y fronteriza que requiere no ceder del terreno conquistado y avanzar sobre el campo minado que son las relaciones y vínculos para nosotras. En otros países no hemos adquirido suficiente individualidad, verdadero freno para los avances feministas estructurales y políticos.

Con la violencia simbólica de la *invisibilidad visible* no se reprime el carácter excepcional de algunas sino la existencia normal de la inmensa mayoría. La represión indica la amenaza con que el sistema percibe nuestra existencia visible. Pero no basta saber lo obvio. La verdadera liberación de las mujeres se encuentra en la libertad de sus mentes y pensamiento. Esta liberación, la más amenazante de todas, nos hace visibles como individuos únicos y originales y no permite la previsión por control remoto que ha permitido al patriarcado ir dos pasos por delante de las mujeres y sus proyectos.

Dice un autor acertadamente que no es la religión el opio del pueblo, sino el *género* que se oculta en ella, la violencia simbólica de la dominación masculina, que atraviesa las religiones y es consagrada al proyectarse en un Dios considerado masculino. El feminismo crítico pretende desalienar las religiones de esa violencia simbólica del género para que no se convierta en el opio del pueblo. A mi modo de ver, el problema no reside en si las religiones son salvables, sino en si somos capaces de entenderlas y situarlas como el producto histórico que son, para decidir en esa misma medida qué queremos y podemos hacer con sus diferentes elementos. Al calificarlas de insalvables e inmodificables las tratamos como productos ajenos a nosotras y a nuestra historia, las esencializamos y confirmamos la idea de que somos nosotras quienes tenemos los problemas.

## 2. Los mecanismos invisibilizadores

Las consignas conservadoras de las instituciones religiosas pretenden invisibilizarnos y neutralizar los posibles logros feministas a través del *discurso esencialista de género*, que juega con la exaltación de lo femenino escondiendo su desprecio y volviéndonos invisibles. Todas las mujeres debemos ser femeninas, compactas, cuerpo social sobrecargado de valores y funciones atemporales. Fuimos *prefijadas* por Yahveh, Dios y Alá. Este discurso, desgraciadamente exitoso, es un nuevo elemento de control y sometimiento, pues juega con la ecuación identidad-obediencia que tan útil ha resultado en la historia contra nosotras.

Los mecanismos de sometimiento identitario de las religiones están unidos a la cultura, raza, valores..., política, moral, tradición, raíces ... mecanismos opresivos que nos sobrecargan: a) el control mediante la institución heterosexual de la familia y la maternidad, infraestructura corporal individual que permite la prolongación del apellido (descendencia), la herencia (la patria, la tierra, la honra) y el poder, la *nobleza* masculina; b) el control del cuerpo colectivo, correlativo al individual, dentro de la superposición interesada de hembra, femenino y mujer, por medio de disyunciones (femeninas o masculinas) Podemos negarnos a ser femeninas y masculinas y afirmar que somos femeninas y masculinas. La negación y afirmación contemporáneas protesta contra lo dado, supuesto, anterior y fijado, permanente y supuestamente natural, que oculta la condición construida.

### 3. Recursos para la visibilidad

Muchas mujeres de las tres religiones y culturas hemos adquirido visibilidad mediante la *recuperación de la memoria* en la exégesis de los textos sagrados y la *reconstrucción crítica de la historia*. Recursos transformadores son:

la *ruptura de la equivalencia mujer-femenino*, una vez rota la correspondencia mujer-madre.

el *esfuerzo individualizador* y la conciencia ciudadana. Sumar nombres y particularidades resistiendo la tentación de ceder ante la acusación de individualismo y de anacronismo (ciudadanía), valores reconocidos teóricamente por las religiones y marginados genéricamente en la práctica.

Estrategias de visibilidad

Estrategias son la *resistencia* consciente, libre y activa, en esta involución social, política y religiosa y el *avance en formación y adquisición progresiva de poder*, mediante la *palabra* y el *pensamiento*, el poder de los argumentos y los hechos cumplidos.

Apuesto por el poder y la fuerza de las ideas, pues pensar de un modo determinado es también actuar de una manera determinada. Personas que piensan y sistemas alternativos de pensamiento, porque modifican la realidad, son considerados peligrosos. Por eso me pregunto con preocupación ¿dónde están las teólogas en Europa?, ¿dónde se apuesta de verdad por ellas?, ¿dónde se divulgan y estudian sus obras...? ¿dónde se ven sus contribuciones en las teologías?, ¿dónde están los grandes puestos académicos para ellas, los foros de discusión ...?

## II. CONVIVENCIA DE CULTURAS Y RELIGIONES EN LA PERSPECTIVA FEMINISTA

Muchas mujeres no estamos dispuestas a optar y aceptar ya cualquier tipo de convivencia. No deseo ninguna convivencia impuesta por supuestos valores femeninos contruidos por el patriarcado e históricamente asignados por él. No puedo aceptar una convivencia supuestamente natural que elude los conflictos y sacrifica valores como la autonomía, el poder y la libertad de cada una de las mujeres.

Las instituciones religiosas han sostenido doctrinal e ideológicamente estos supuestos hasta el punto de castigar duramente la emergencia de conflictos, especialmente los de poder. Mediante normas morales heteroasignadas y mecanismos psicológicos, han controlado nuestro impulso agresivo, excluyendo y demonizando la expresión de los deseos de poder y los problemas de convivencia.

Los textos sagrados contienen numerosos ejemplos: *Sara* y *Agar* narrativamente culpabilizadas por dividir internamente el clan. El silenciamiento de las contiendas por el poder en el primitivo cristianismo entre *María Magdalena* y *Pedro*, o entre *Jezabel*, llamada falsa profetisa y el autodenominado profeta verdadero en el Apocalipsis. La

función domesticadora de la frase de Teresa de Jesús *por fin muero Hija de la Iglesia* en su proceso de canonización, ella que no eludió conflictos institucionales, no ocultó su verdadero poder y ejerció su autonomía astuta e inteligentemente. *Aixa*, mujer del Profeta, después de cuya muerte dirigió el ejército contra Ali Abu Talib con 18 años, considerada excepcional y la descalificación de su acción en buena parte del Islam bajo el temor de que las mujeres puedan imitarla.

Sara y Agar se atrevieron a traspasar la raya limitadora del patriarcado. Jezabel fue colocada en el lado heterodoxo de la doctrina. Teresa de Jesús vivió en la frontera de una espiritualidad extracanónica. La musulmana *Aixa* fue eliminada de su propia gesta a la que se llamó la *Batalla del camello* para evitar asociarla a una mujer.

La frontera abarca dos campos semánticos que tienen consecuencias prácticas sociales, políticas, culturales y religiosas. Uno tiene que ver con el límite, la separación y la delimitación. El otro con la unión, conexión y relación.

### 1. La frontera según el patriarcado

El sistema patriarcal de dominio/ sumisión ha utilizado la frontera para sus intereses. Lo relativo a *límites y delimitación* ha sido asignado a los varones y lo masculino, extensible a la conquista y expansión territorial, religión y moral, derecho y ciencia. El significado *conectivo y relacional*, desautorizado de hecho aunque valorado teóricamente, ha sido asignado a las mujeres y lo femenino. Así se ha creado un ficticio equilibrio sostenido y reforzado por las religiones, entre el poder limitador y separador de la frontera y la capacidad relacional que solventa sus conflictos y problemas. El kyriarcado-patriarcado necesita de la metáfora de la frontera para *funciones de control* estableciendo límites. Por ejemplo: *hasta aquí llega lo femenino, hasta aquí lo masculino, lo moral*, etc. Por ejemplo: identificando sexualidad con heterosexualidad y llamando transgresión a todo lo demás. El patriarcado identifica interesadamente limitación con delimitación. *Delimitar* está vinculado al conocimiento. *Limitar* a la voluntad. Ambas operaciones tienen gran importancia para el poder de definir la realidad. Asignar estas funciones a los varones impacta en todos los niveles.

Las instituciones religiosas han utilizado la frontera para imponer límites recurriendo a la naturaleza y al designio de Dios. Fronteras que afectan a mente, cuerpo, sexualidad y relaciones; al espacio físico y social en la escala de órdenes y jerarquías. A tales *usos separadores*, añadimos otros *fusionales* igualmente interesados, como sucede en las teocracias políticas. La historia nos dice que es buena para las mujeres aquella frontera que delimita y distingue lo secular y lo religioso en el sistema sociopolítico

## 2. La frontera, las mujeres y la red

Propongo la *frontera como lugar privilegiado de conexiones*, para la convivencia intercultural e interreligiosa de mujeres. La delimitación no tiene por qué entenderse como imposición de límites. Éstos no tienen por qué asociarse permanentemente a la invasión. Las relaciones no tienen por qué prestarse a la función asignada por el kyriarcado.

El énfasis en la intuición femenina ha infravalorado la capacidad delimitadora de nuestro conocimiento. En ella nos jugamos la capacidad crítica para distinguir, trazar bordes y líneas en las que dibujar *figuras* consistentes. Las mujeres seguimos siendo las no delimitadas, asustadizas de los límites y fronteras, sospechosas de no saber distinguir, separar si es preciso, poner límites y tomar decisiones.

Las instituciones religiosas han sido especialmente duras con las mujeres a este respecto. La asignación relacional de lo fronterizo, ha dificultado distinguirnos sin culpa, aparecer, ser reconocidas en la igualdad que nos permite ser diferentes. La versión más recurrente de los discursos oficiales religiosos se refiere a las funciones complementarias de los géneros. Ahora, que las mujeres somos capaces de asumir el poder y el riesgo de poner límites y distinguir, que podemos establecer redes sin sentir que la alteridad, nos amenace con tragarnos, es cuando las religiones se adhieren a las corrientes comunitaristas, esencialistas, y culturalistas del discurso de la diferencia.

## 3. El marco de la red

La convivencia de las religiones requiere el *marco de la red* para hacernos con el poder que nos pertenece. Este marco permite incluir estas dimensiones en un entorno de



vinculaciones manteniendo la vigilancia crítica, uno de cuyos peligros es asociar la red y lo común. Las mujeres de las diferentes religiones no esperamos ni deseamos algo *común* previo e inmutable sobre lo que tender nuestros lazos y conexiones. Lo *común* nos precede por delante, en el presente y futuro inmediatos. No es algo dado, previo, sino una realidad bosquejada y siempre en revisión.

Necesitamos desenmascarar *lo común* preestablecido dependiente de una supuesta naturaleza o voluntad divina inmutable, atemporal y ahistórica. El marco de la red nos permite recuperar la frontera, también, como el lugar para crear lo que queramos compartir. La red es un entramado horizontal de líneas formadas por infinitos puntos de contacto, no en sentido extenso, sino profundo, según el modelo de la informática. Desde la frontera de cada punto de enlace, la propuesta de convivencia entre culturas y religiones no intenta tanto crear lo común, una realidad que se puede volver a sacralizar, cuanto de mantener abiertas las posibilidades de los puntos de conexión. En esta red la teología, que se ocupa de los contenidos, podría ser un buen instrumento buscador en los entornos culturales concretos.

#### 4. La frontera, la libertad y la trasgresión

La frontera equivale, también, al espacio liminal, tierra de nadie, que histórica y culturalmente ha sido área de descanso, de refugio y protección... Reivindico las religiones para las mujeres en su sentido de frontera dentro de nuestro mundo y realidad. No siempre estas funciones han transformado la vida de las mujeres, pero han desempeñado una función importante de supervivencia y resistencia. Las mujeres han podido escapar, a duras penas, de las presuntas funciones de procreación, de la familia y la identidad de las culturas y pueblos. Y este sentido de la frontera es reivindicable conjuntamente con los otros significados y en su función de resistencia. Aunque resulte paradójico, la necesitamos si podemos elegirla libremente para recuperarnos, como lugar de soledad e invisibilidad. Dentro de las religiones siempre existen espacios que desempeñan de hecho o potencialmente esta función.

#### 5. Frontera, red y liminalidad: la teología feminista

La frontera es limen y umbral. Un espacio creativo y generador de denuncia. Lugar profético que evoca, convoca y provoca. Refuerza, así, su naturaleza marginal para la espiritualidad de la resistencia. La teología feminista, a mi modo de ver, cumple funciones propias de la frontera como tierra de nadie liminal. Podemos evocar algunas:

. *tierra de nadie* dentro de las religiones, área peligrosa perseguida, ignorada, invisibilizada y culpabilizada,

. *lugar crítico e incómodo* que crea incomodidad, instrumento liminal, políticamente incorrecto para las teologías, religiones, sociedades y política, por eso lejos de instalarse institucionalmente, emigra a lugares de mestizaje, interdisciplinarios, interreligiosos,

. *espacio de libertad*, lugar desde donde se entra y se sale de un sistema con el que no se concuerda, lugar vulnerable y difícilmente respetado

. *zona liminal*, de transición e intersección, una raya que fluye o se desplaza, nunca definida del todo y para siempre. Zona de diálogo y convivencia, resistente a la manipulación

### III. PODER PARA SER VISIBLES Y AUTORIDAD PARA CONVIVIR

De lo anterior se desprende que no nos conviene cualquier tipo de visibilidad ni cualquier forma de convivencia a cualquier precio. La visibilidad va intrínsecamente ligada al poder y la convivencia a la autoridad. Los abordo juntos.

Nuestras respectivas historias religiosas nos enseñan que la convivencia de las mujeres puede ser un infierno si cada persona no encuentra su sitio, si cada cual no se siente reconocida ni consigue un suficiente equilibrio de poder. La red en la cual las fronteras son capacidad delimitadora, capacidad definidora y transformadora de la realidad, especialmente la institucional, requieren el empoderamiento de las mujeres. El poder y la autoridad, a su vez, requieren reconocimiento, un bien del que las mujeres apenas gozamos como individuos, pues si algo nos sobra es reconocimiento de género, la invisibilidad visible. El sistema de dominación/sumisión, especialmente sus instituciones religiosas, tienen un empeño feroz en que sigamos aceptando el reconocimiento de género, permiso para disfrutar del poder de ser mujeres y femeninas y la autoridad de pertenecer a un género supuestamente preservado de las lacras del patriarcado. Pero mientras lo femenino no pueda ser elegido no será patrimonio de la humanidad.

## 1. Poder para ser visibles y para compartir

Las mujeres queremos compartir: nuestra fe y experiencias religiosa y espiritual, nuestras culturas vinculadas a las tradiciones religiosas, nuestros valores. Pero nos olvidamos de que sólo podemos compartir lo poseído y considerado nuestro; que para compartir lo que me ofrecen es igualmente necesario lo propio. Tener lo propio se refiere a la delimitación y limitación. Lo común no está delimitado, no se puede elegir y, por ello, tampoco está limitado.

El poder de compartir culturas requiere sabernos co-propietarias de la cultura propia, la generosidad de ofrecerla y el coraje de someterla a confrontación en un clima fronterizo de diálogo y de intercambios recíprocos y paritarios. Requiere poder *de* y *para* compartirla, ser agentes de nuestras culturas y religiones, reconocidas como tales y capaces de asumir los riesgos de la aculturación, acercando la propia cultura y fe a las fronteras donde ser libres, discutir, pactar, distinguir, delimitar, y poner límites, negociar, ceder y aceptar. Nos queda mucho camino.

## 2. Propietarias en lugar de comuneras

En nuestras instituciones religiosas las mujeres tenemos dificultades para poseer. Los bienes no están distribuidos equitativamente. El poder recae en élites nada interesadas en el empoderamiento de las mujeres. Somos deficitarias en los medios que conducen al poder: capacitación, formación, palabra, foros, reconocimiento...

Estamos en un círculo vicioso, en donde ausencia de poder es ausencia de medios, y sin medios no podemos adquirir poder. Para salir de esta encerrona con frecuencia nos pasamos a la autoridad pretendiendo desligarla del poder, pero así sólo conseguimos reinsertarnos en los principios dualistas del patriarcado y en lugar de unirlos los oponemos. Necesitamos el poder y la autoridad. Poder sin autoridad puede degenerar en imposición opresiva y autoridad sin poder en engaño. Necesitamos recordar que no hay zonas a-patriarcales, como tampoco hay ámbitos a-temporales o a-históricos, sino zonas fronterizas contrapatriarcales.

### 3. En los lugares del poder

Las mujeres no esperamos que las religiones, sus instituciones, nos den poder. Esperamos adquirir poder dentro de ellas o en sus fronteras. Poder y autoridad no residen en el vacío sino en individuos o colectivos concretos, histórica y socialmente situados. Adquirir poder es arrebatarlo a quienes se han hecho injustamente con él. Sólo así podremos redistribuirlo, socializarlo y recolocararlo en el nivel de los derechos, la justicia y la responsabilidad.

Mi tradición católica dice que, según los evangelios, el poder reside *en la fe*, no cualquier forma de fe, pues algunas de ellas nos han invisibilizado y sometido. Hablo de una fe libre y lúcida, crítica y portadora de energía y capacidad de lucha, que pide ser compartida, continuamente revisada y realimentada. La fe es fuente de poder y éste será real si suscita reconocimiento y autoridad. Por eso, un *segundo lugar de poder*, es el *reconocimiento* que implica confianza, crítica y generosidad. El reconocimiento, asignatura pendiente entre nosotras, situado en el nivel de la persona, de la competencia y los valores, en el nivel de sus conquistas o su recorrido. En definitiva en el nivel de la afirmación por la cual hace visible a quien se reconoce. Tal vez en las religiones las mujeres no somos visibles porque nos falta el reconocimiento relacionado con la dignidad.

La confianza como autoconfianza y heteroconfianza. La crítica y la autocrítica, que es conocimiento en estado de alerta individual y grupal. La generosidad con nosotras mismas y con las demás. Cada uno de estos rasgos de la mano de los otros, pues la confianza sola puede cegarnos o devolvernos a una ingenuidad inmadura. La sola autocrítica seguirá haciendo estragos en nuestra autoestima y conciencia de género, la mera crítica nos convertirá en amargadas y la sola generosidad nos expondría al abuso. De todo esto sabemos mucho las mujeres. Pero si las combinamos el efecto puede ser diferente. La consciencia crítica refuerza nuestra confianza y permitir lucidez y libertad en la fe. La confianza genera el suficiente bienestar y alienta la generosidad. Ésta, iluminada por la consciencia crítica, se vuelve opción libre y no mera derivación natural de la supuesta esencia femenina. El tercer lugar del poder es el *nosotras*, como categoría social coyuntural y estratégica ante determinados proyectos y no grupo natural construido sobre la base del género femenino.

## CONCLUSIÓN

Termino con unos puntos finales:

1. Ante la metáfora norte-sur según la cual Norte es arriba, arriba es más, más es mejor e importante, importante es visible, visible es masculino; y Sur es abajo, abajo es menos, menos es peor e irrelevante es invisible, invisible es femenino, las europeas debemos reaccionar mediante estrategias deconstructivas y creativas de resistencia. Podemos cambiar el marco de estas metáforas, invertirlas, reírnos de ellas, sustituirlas por otras, distanciarnos críticamente... mostrando su carácter interesado en el sostenimiento del kyriarcado
2. Ante la sobrecarga de identidad soportada en nuestras culturas y religiones necesitamos desarrollar estrategias que redistribuyan las responsabilidades
3. Ante la visible invisibilidad de las políticas de la diferencia, alentadas por nuestras respectivas culturas y religiones, las mujeres de Europa necesitamos manifestar las estrategias ocultas que nos hacen invisibles oponiendo contemporáneamente estrategias de visibilidad tales como la individualización y la creación de grupos estratégicos de *nosotras*.
4. Estos grupos estratégicos pueden crear sistemas de pensamiento alternativos y teologías feministas, divulgadas después a fin de formar al mayor número posible de mujeres creyentes, en ámbitos civiles y públicos, interdisciplinares e interreligiosos
5. El marco de comprensión en donde ubicarnos dentro de nuestras respectivas fe religiosas es la red. En él podemos desplegar las posibilidades de la metáfora de la frontera entendida como capacidad delimitadora, poder para establecer límites, ámbito de libertad, lugar de contactos, negociación y pactos, donde podemos distinguimos y recuperar fuerzas y sentido, donde logremos empoderarnos y unirnos para el cambio estructural del sistema social, político, económico y religioso que es el kyriarcado.
6. En la frontera y dentro del marco de la red, las mujeres europeas y del mundo podemos continuar creando y divulgando teología feminista mediante proyectos de trabajo conjunto que contribuyan a crear una Europa de convivencia pacífica y creativa intercultural e interreligiosa

7. Por todo ello las europeas seguimos buscando el poder y luchando por él, como intento de redistribución equitativa, autorización y mutuo reconocimiento, como afirmación y confianza acerca de nuestras capacidades creativas y constructivas.

© EWS